

# Algunos problemas y desgracias universitarias

**MARÍA CARREIRO  
Y CÁNDIDO LÓPEZ**

Profesores e investigadores en la Escuela de Arquitectura de la UDC

[...] *La Universidad sobre todo existe como conjunto de personas, un campo social donde docentes y discentes comparten y crean conocimiento, saberes destilados en bibliotecas y laboratorios (Ricardo Rivera Ortega).*

La Universidad contemporánea asume cometidos como enseñar a convivir respetando la diversidad de comportamientos, forjar el carácter, fomentar el talento, mostrar la incertidumbre como parte del conocimiento, potenciar el pensamiento crítico, proporcionar herramientas para enfrentarse a las incertezas, o realizar una socialización integral. Las personas del ámbito universitario generan avances cambiando nuestros entornos físicos y sociales, pero no solo en bibliotecas y laboratorios.

El intercambio entre pares a través de la convivencia más allá de las aulas constituye un complemento indispensable de la formación académica. Representa la *formación informal*, nacida del roce entre personas inmersas en distintos campos del conocimiento en los recintos de la institución. Lugares físicos y conceptuales: los campus. Entornos geográficos en el que se asientan las facultades y los diversos equipamientos universitarios. Ámbitos en los que se realizan intercambios y aprendizajes formales e informales.

En el caso de nuestra universidad, la UDC, es manifiesto y reconocido el escaso uso que la comunidad académica realiza de ellos. Las relaciones entre estudiantes de distintas facultades es un anhelo no materializado. Por ejemplo, quienes acuden al Campo da Fraga nunca habrán ido a la biblioteca o a la cafetería de Educación, ni siquiera a la de Ciencias. O tampoco los de Sociología habrán subido a Filología, aunque siempre hay excepciones.

Si ustedes tienen la paciencia de ver los horarios docentes de diversas facultades en las res-

pectivas webs, verán que carecen de actividad académica desde los jueves por la tarde hasta los lunes. Si se acercan un fin de semana a los campus, comprobarán la soledad de los edificios y del espacio público. Ninguna disculpa para atraer a estudiantes y el resto del personal al campus fuera de los horarios lectivo-laborales. El campus ha devenido en polígono funcional, falto de vida. Aulas, bibliotecas, cafeterías, pabellón deportivo: todos cerrados. ¿Para qué? Sin uso... porque no existe hábitat ligado a este entorno. Falta una residencia para los estudiantes. Consecuencia de una evidente desidia de las instituciones con competencias en materia universitaria, desde la propia universidad hasta la Xunta de Galicia, pasando por el Concello de A Coruña.

Así mismo, el erróneamente llamado «problema habitacional» también parece afectar al estudiantado, por la carestía de los alquileres de los pisos que se convierten en su domicilio. Un problema que algunos políticos contemplan desde una óptica puramente económica, sin llegar a plantear ni reflexionar sobre la, ¿irresoluble?, carencia de un alojamiento idóneo. Su resolución necesita de la inversión en alojamientos residenciales específicos, con todas las oportunidades que ello ofrece para la vida universitaria.

En este punto conviene recordar los avatares de la residencia en la Universidad de A Coruña en las dos últimas décadas. En 2006, se convocó un concurso para la construcción de una residencia estudiantil en el campus de Elviña de A Coruña. Un año más tarde, en la primavera de 2007, se dio a conocer el proyecto ganador. Los diques y directes entre la institución académica y la Xunta de Galicia provocaron que en 2011 esta última anulara el contrato al equipo de arquitectos ganador. Aun así, en 2012 se intenta que otro edificio residencial se construya y se realice una gestión privada del mismo. El intento no cuaja. Pero, tres años más tarde, en 2015 se firma un acuerdo entre el Concello de A Coruña, la Diputación Provincial de A Coruña y la UDC para designar una parte del complejo docente Calvo Sotelo, ubicado en las proximidades de Riazor, a ese

uso. En 2018 se inaugura allí la Residencia Pública Elvira Bao en A Coruña, con una capacidad de 90 plazas. Mientras tanto, en la ciudad de Ferrol, en septiembre de 2013 se pone en funcionamiento la residencia pública universitaria en el barrio de A Magdalena con una capacidad de 25 plazas.

En 2024, la web de la UDC recoge entre sus datos que congrega a 11.715 estudiantes de grado en A Coruña y 2.200 en Ferrol. A estos se suman 2.352 que cursan los estudios de Máster y 1.214 de doctorado. El número de plazas residenciales universitarias es fácil de calcular: 90+25. ¿Qué les parece a ustedes esta proporción? ¿Un problema o una desgracia? A nosotros, de momento, lo segundo.

A la par, en estos días nuestra UDC anda muy entretenida. También mohína, por el poco acierto de sus gestiones. La fallida subasta de la propiedad emplazada en Serantes, debiendo reformularse su valor para un nuevo intento de venta; la cesión de manial al Concello de A Coruña de su participación en los terrenos de la extinta Fábrica de Armas, reconvertida en la Ciudad de las TIC; la propuesta de implantar la titulación del grado de Medicina, con la Xunta de Galicia «actuando con deslealtad» en palabras del actual equipo rectoral; la asistencia frustrante a una mesa de comisionados que persigue descentralizar la docencia parcial de esa titulación. (Recuérdese la expresión clásica «cuando se quiere que algo no tenga solución, nómbrase una comisión»); y para terminar, la obligada formulación de un plan económico y estratégico trienal, exigido por la Xunta de Galicia, para reconducir el déficit heredado del gobierno del anterior equipo rectoral liderado por Abalde.

Asuntos de mucha enjundia que tienen muy atareado a nuestro actual rector. Tanto que seguramente le resulta imposible recibir, y escuchar, al personal académico. No obstante, las tozudas cuestiones menores no se esfuman. No llega la prometida «Universidad de, para, y por todos y todas». Aunque ahora viene agosto: vacaciones.

Un buen amigo, E. C., nos recuerda a Benjamín Franklin, quien dejó escrito en sus memorias: «Cuando alguien afirma algo que yo considero un error, me niego a mí mismo el placer de contradecirle». Frecuentemente se dan situaciones en que lo podemos aplicar. Por otro lado, el silencio siempre es premiado. Y sino, que se lo pregunten a Adriana Lastra.